

EL ARTISTA.

PERIÓDICO SEMANAL.

NÚM. 9.

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

REVISTA ENCICLOPÉDICA.

12 de abril.

El mundo ha sido en sucesos de bulto ha sido el pasado mes de marzo. La revolución asomó su frente entre los alegres círculos de una rondalla aragonesa, los guerrilleros catalanes asaltaron de improviso pueblos nombrados por su industria y riqueza, el pabellón español fué abatido en Pasaques, las sociedades anónimas perdieron su vacilante crédito, el hambre cundió por levante y poniente, y en las altas regiones del gobierno todo era turbación, desasosiego, y congojas. El mar tempestuoso que se agitaba en la Península salpicó también el manto regio de nuestra augusta soberana.—Su escelsa madre pisa las orillas del turbio y cenagoso Sena, el infante don Enrique busca en las playas de Nápoles calma y bienandanza.—Luchan desesperadamente los ministros, se desorganizan los partidos, rasgan su bandera unos, pierden la brújula otros, se confunden los poderes, se maltratan las instituciones y todos de tropel lastimándose y deshaciéndose quieren penetrar en el santuario del gobierno, en el trono azul.

Disminúyese en tanto la escasez y se cierran

los puertos y los almacenes. Se calma la crisis. Cada cual se arrellana en su puesto.

Pocos días después S. M. cambió de ministerio. Nueva coalición, nuevas esperanzas, nueva mayoría también, en el seno del parlamento. ¡Nuevas esperanzas! ¡Diez y seis años hace que esperamos! ¡treinta, medio siglo tal vez! ¡Cuándo llegará el bien!!!....

Los acontecimientos restantes no están todavía bajo la jurisdicción de la historia, dejémosles para la próxima revista y ojalá encierre menos sucesos que la presente, menos reticencias también, mayores beneficios.

Novedades y de bulto han ocurrido en Europa, América y Asia.

Terminadas las disensiones entre Inglaterra y Francia, entre el continente y el Archipiélago mas poderoso del mundo, se han ocupado en sus propias miserias (no escasas), sobre todo en el Reino Unido. El hambre auxiliada por la peste sigue quintando á Irlanda y apurados los humanos esfuerzos la reina ha levantado sus ojos á Dios y ha decretado rogativas y ayunos. ¡Pobre Polonia de los mares, cuánto te insultan y tiranizan tus señores!—Francia y Bélgica han sentido el peso del hambre y del alarma; la san-

Abril 11 de 1847

gre ha corrido en los cadalsos, porque el pobre no tenia pan para sus hijos y lo buscaba por do quiera en el hogar del rico.

En Alemania circula el fuego de la revolucion y de la libertad. Las disputas religiosas se olvidan en Prusia y cada cátedra es un parlamento, cada taberna un club.—En Baviera cede el anciano rey á los encantos de una bailarina y destruye por capricho la tiranía que con tanto teson ha sostenido contra el espíritu de los pueblos.—En todos los estados se amplian los derechos de las cámaras y consejos, se modifican las leyes de la imprenta.

Rusia se siente inclinada á estrechar sus vínculos con el continente Europeo y tiende sus brazos á la dinastía de julio; se fia en el crédito de la Francia y trama ligas económicas. Ufana con su abundancia protege la esportacion de granos, prohibida en Grecia, en Turquía, en Italia y en la riquísima España y desagua por Odesa sus graneros henchidos con las abundantes cosechas de las llanuras de Kazan, de Orel, de Tambof y de Penza, dispuesta á vender en los mercados de la Europa hambrienta ciento sesenta y cuatro millones de los seiscientos noventa y dos de fanegas que produce su suelo despoblado y vastísimo.

Recelosa el Austria quiere dominear los instintos liberales de Italia temiendo su propio daño, y se prepara á invadir la Toscana apostando tropas en la famosa isla de Elba.—Suiza fiera en sus riscos sigue dividida y enconada, pero negando á sus poderosos el derecho de intervencion.

Al tiempo que esto acontece en la parte mas civilizada del mundo, dos potencias que dominan á un tiempo en el Asia y en la Europa se miran recelosas y se disponen al combate despertando odios mal curados y enconadas heridas. Grecia y Turquía se revuelven una contra otra por la prision de un gefe de bandidos, y en vano los representantes de todas las potencias se afanan por arrancar satisfacciones al divan y al rey Othon.—Persia des cansa de los estragos del cólera.—Vuelve en Egipto á intentarse el canal que ha de cortar el istmo que une á la gran península Africana con los otros continentes de Asia y Europa.

Mientras que los ingleses desmoralizan á los indígenas indios y prostituyen á sus reyezuelos para estrechar los hierros de su dominacion y ensanchar el círculo de su territorio; sus hermanos los

yankys de la Union, recelan del entusiasmo de la raza española y abogan en sus estados por la defensiva. Temen á Méjico que vende los bienes del clero para afrontar las escaseces de la campaña y que disuelve con sus malas hordas los regimientos desmoralizados de los voluntarios...

Mas vengamos al seno de la civilizacion, y á sus mas gratias hijas las artes y las ciencias.

La esposicion de París no ha sido tan concurrida como era de esperar. Un pintor jóven, y no muy conocido, se ha llevado la palma con un gran cuadro que representa una orgía romana con estos versos de Juvenal al pie:

.....sævior armis

Luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem.

Esta obra de M. Couture ocupa un gran espacio. Cuarenta figuras mayores que el natural, toman parte en un convite que se celebra en el atrio de un suntuoso palacio. Las mugeres desnudas casi, danzan, rien y se recuestan en lechos magníficos. Los hombres tienen pintado en su semblante el embrutecimiento hijo de los vicios carnales. Allá en segundo término algunos ciudadanos que todavía conservan la virtud de Caton y la dignidad de los dominadores del mundo, contemplan con indignacion tanto desórden. El todo de la composicion es de grande efecto, los grupos están admirablemente dispuestos, el colorido demasiado fuerte, pero brillante; la ejecucion vigorosa y atrevida. Este cuadro es una reaccion en la historia del arte, porque Mr. Couture ha seguido con amor la manera de los académicos del pasado siglo.

Vernet y Zeigler han presentado dos bellísimos cuadros representando ambos el heroico acto de Judit en la tienda de Olofernes. Cada cual ha concebido á su manera á la bellísima judía y ambos han obtenido brillante éxito. Zeigler ha descuidado los trages, Vernet ha luchado gloriosamente con los recuerdos del cuadro de Miguel Angel. Lehmann, Fleury, Hesse, Róquedlan y Chapmartin han presentado tambien sus cuadros. Otros maestros se han olvidado de ello, y es que los grandes pintores se han cansado de la pública esposicion y no quieren confundir sus lienzos con los mamarachos de las medianías.

Los últimos conciertos han sido muy notables

en París, y el *Colon*, partitura de un perseguido ingenio, ha obtenido gran boga. Al mismo tiempo se premiaba en la Isla de Cuba un magnífico canto á la memoria del descubridor de las tierras trasatlánticas.

Las novedades del teatro han ofrecido poco interés, y ninguna comedia con sus escenas pican-tes, ningun drama con sus pasiones han venido á interrumpir el santo recogimiento de la cuaresma. *Mi hija es princesa*, de Leon Gozlan, no merece los honores del análisis.

En la ciencia histórica se ha sentido en París es-traordinario movimiento. La obra de Thiers, tan encomiada y leída, *La Historia de la revolucion francesa*, y su extraordinaria venta, despertaron el interés de los editores, y tal vez el de los escrito-res. Ello es, que á un tiempo se publican cuatro historias de aquella época célebre en los anales de la Europa. El republicano Blanch, y el pintoresco Michelet se llevan las simpatías del pueblo, y La-martine con sus cuadros en *Los Girondinos*, y su estilo poético ha logrado escitar la atencion de los literatos y de las damas; mas, con perdon sea dicho del autor de *Las Armonías*, no ganará inmortalidad con sus obras históricas Alfonso de Lamartine. Cou-sin ha reimpresso tambien una obra hace tiempo re-nombrada: *Un curso de la historia de la filosofia moderna*, escrito con la brillantez de estilo, con el atinado juicio y la crítica que caracterizan al gefe de la escuela ecléctica.

Tambien en España se han anunciado importan-tes publicaciones que ya comienzan á ver la luz. Zorrilla ha vendido su poema oriental en doce mil duros á la *Publicidad*; Hartzenbuch nos dará reunidas las obras de Moreto y Alarcon; Gayan-gos, uno de los mas hábiles orientistas de Eu-ropa, tiene terminada una *Historia de los Ben-Humeyas*, y numerosas traducciones de obras im-portantantes se preparan en la *Ilustracion*.

Háblase para el porvenir de una gran revista científica; de una coleccion de novelas originales; de unas leyendas moriscas y tradicionales de Zor-rilla; de una gran coleccion titulada, Museo cien-tífico de obras filosóficas y médicas; de periódicos de jurisprudencia, y hasta de óperas originales. Ojalá todo ello sea bueno y acertado, que otra cosa no deseamos.

J. JIMENEZ—SERRANO.

EL 5 DE MAYO.

Buque español me arranca del lejano hemisfério (1)
De solitarias costas donde triste vagué
¡Ay! humilde vestigio de un heróico imperio
Mis amargos pesares á la India desterré.
Tras un lustro de ausencia y del Cabo á distancia
Bajo un sol mac alegre bogando el buque está;
Desvalido soldado tornaré á ver la Francia
Y de un hijo la mano mis ojos cerrará.

¡Oh Dioses! el piloto pronuncia ¡Santa Helena!
Allí declina el héroe de altos triunfos sosten;
Allí españoles bravos vuestro rencor se enfrena,
Sus hierros y verdugos maldecimos tambien.
A mi afan impotente libertarle no es dado,
De las gloriosas muertes pasado el tiempo há:
Tornaré á ver la Francia desvalido soldado
Y de un hijo la mano mis ojos cerrará.

Acaso duerme el ímpetu del vencedor coloso
Que á la vez veinte tronos derrocára feliz,
¡Ah! no será que alzándose tremendo y portentoso
De indóciles monarcas domeñe la cerviz!
¡Ilusion! Esa roca tumba es de su arrogancia,
Sus arcanos el cielo veda al águila yá
Soldado desvalido tornaré á ver la Francia
Y de un hijo la mano mis ojos cerrará.

En seguirle sin tregua cansada la victoria
Rindióse á la fatiga y él nunca la aguardó,
Vendido una y dos veces supo acrecer su gloria,
Mas entre viles sierpes su planta se enredó.
Un veneno es la esencia del laurel mas florido (2)

(1) De todos los pueblos de Europa ninguno podía quejarse de Napoleon con mas justicia que los españoles. Al colocar un soldado del imperio á bordo de un buque de España, ha tenido el autor el pensamiento de patentizar hasta qué punto las des-venturas del grande hombre habían reconciliado á todos los pue-blos con su gloria.

(2) De muchas clases de laurel se extrae un veneno de los mas activos. Forzoso parece recordar tambien que á la muerte de Napoleon muchas personas, sin escluir las de mas luces, creyeron que habia muerto envenenado.

A una sien victoriosa palmas la invierte dá;
Tornaré á ver la Francia soldado desvalido
Y de un hijo la mano mis ojos cerrará.

Si el vigía señala un bajel vagabundo
Pasmados los magnates murmuran ¿Será él?
¿Quiere aun con nueva audacia reconquistar el mn do?
Alleguemos ejércitos en confuso tropel.
Y en tanto él decadente, de penas agoviado,
De su adorada patria se despide quizá;
Tornaré á ver la Francia desvalido soldado
Y de un hijo la mano mis ojos cerrará.

Númen sublime, escelso, gigante de la guerra,
Por qué el cetro á su orgullo forzoso premio fué?
Mas alto que los tronos señores de la tierra
Brilla de ese peñasco sobre el enhiesto pié.
Es allí de dos mundos fanal enaltecido
Su gloria, nace el uno, caduca el otro yá
Tornaré á ver la Francia soldado desvalido
Y de una hijo la mano mis ojos cerrará.

¡Ah buenos españoles! No alcanzais en la playa
Negra insignia? ¡Dios santo! el héroe muere allí;
¡Ah qué viudez, oh gloria! mi corazon desmaya,
Lloran sus enemigos en rededor de mí.
Huyamos en silencio de esa fúnebre estancia
El sol de las esferas desapareciendo vá,
Soldado desvalido tornaré á ver la Francia
Y de un hijo la mano mis ojos cerrará.

Traduccion de Beranger.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

EL JUDIO ERRANTE.

Tengo un amigo que reúne á la cualidad de director de un periódico llamado EL ARTISTA la de disponer á su antojo de mis pobres dotes literarias: este amigo suele abusar de su predominio sobre mí, y lo explota segun conviene á la confeccion de su periódico. «Necesito una anécdota histórica» me dice en tono magistral; y al dia siguiente le presento unas desaliñadas líneas que llevan por título *El horóscopo*. «Me hacen falta versos» re-

pite alzando mas su diapason: á las pocas horas le entrego una *Epistola*, tan amarga como la hiel que mis entrañas cauteriza. «Dame *cualquier cosa*» prosigue, como si pidiera á su criado un par de botas charoladas: tomo papel, limpio la pluma, y le escribo nueve cuartillas tituladas *Las tres cuestiones*, y que en verdad son *cualquier cosa*. Pasan unos dias, lo creo muerto, fuera de Madrid ó enamorado, pues solo así puedo explicarme el que me deje descansar: cuando, á manera de acreedor, lo encuentro de manos á boca en una calle sin salida. Trasudé al verlo, como ministro interpelado; y él con voz sonora me dijo:

—Quiero un artículo sobre la novela de *Eugenio Sue*, que se titula *El judío errante*.

—Perdona, repuse turbado, porque no sé contradecirle: siento mucho no complacerte, pero nada puedo decir sobre la indicada novela.

—¿Por qué?

—Porque solamente he leído unos folletines salpicados.

—Léela.

—Necesito invertir, á lo menos, una semana.

—Inviértela.

—Y advertirte debo que tampoco tengo la obra.

—Búscala.

—Pero tén en cuenta.....

Mi amigo me volvió la espalda, sin atender á mis razones, y yo, cuitado y bonachon, como lo tengo de costumbre, hice diez ó doce visitas, hasta que una amiga bondadosa y mas que bondadosa bella, tuvo la dignacion de prestarme *El judío errante* encuadernado en tafílete carmesí. La di cien millones de gracias, que en dar gracias soy muy cumplido, coji el ejemplar en su estuche, me despedí como un pretendiente á quien dan buenas esperanzas; atravesé diez ó doce calles con la rapidez del carruaje que ha tendido á algun transeunte; rompí el cordon de la campanilla de mi casa; entré en mi cuarto abriendo el estuche; tropecé con un velador, que por serlo de literato en vez de un almuerzo de china contenia libros y papeles; é instalándome junto á una ventana, porque ya escaseaba la luz, leí lo que la tarde permitió; leí despues gran parte de la noche; leí casi todo el dia siguiente; y tanto leí, tanto leí, que á los tres dias habia acabado *El judío errante*.

Basta de preámbulo y entremos con *Eugenio Sue*.

Imagínense mis lectores que en una noche tormentosa atraviesan mares de hielo, adelantándose hácia el polo, y díganme qué sentirán: la respuesta es muy clara: *frío*. Imagínense que allí se encuentran un hombre de no buenas trazas, y díganme qué sentirán: la respuesta es muy clara: *mie-*

do. Imagínense que á lo lejos descubren una blanca figura, á cuyo rostro da contorno negra y brillante cabellera; cuyas delicadas facciones tienen, aunque un tanto marchitas, incomparable hermosura, y díganme qué sentirán: la respuesta es muy clara: deseo de ver al calor del hogar y á mejor luz el bello rostro de aquella singular muger. Lo que ellos sentirían en mi hipótesis he sentido yo ni mas ni menos, leyendo la breve introducción de la novela de *Eugenio Sue*.

Precioso y delicado grupo forman las gemelas Rosa y Blanca, niñas puras como las auras, y cuyos dos nombres unidos quitándoles la conjunción, forman el nombre de una flor. El veterano Dagoberto, fiel como un granadero de la guardia, y valiente como un león; aquel viejo caballo blanco, que lleva su carga sin afán, y el perro leal y regañón que han bautizado con tantos nombres los traductores de *El judío*. Pero no queriendo *Eugenio Sue* que el ánimo por mucho tiempo se quede en calma, nos presenta el terrible domador de fieras de ásperos y rojos cabellos, el desmesurado gigante, el tigre *Cain*, la pantera *Muerte*; cuadro exornado con los mas lúgubres colores, que hace chocar diente con diente y heriza de espanto los cabellos. ¿Y para qué se encuentran reunidos estos funestos personajes? Para que Morok interrumpa al noble y honrado Dagoberto en su importante operación de desmugrar la ropa blanca; para que interrumpa despues el dulce sueño de las gemelas que soñaban con su ángel Gabriel, causándoles un susto mortal; para que la pantera negra destroce á nuestro buen amigo el animoso caballo blanco; para alborotar la posada; para prender á Dagoberto é interesantísimas pupilas; para que sucedan mil desgracias que atormentan su corazón.

Si estuviéramos para poner mote llamaríamos á *Eugenio Sue*, de sobrenombre *El Sanguinario*, pues no contentándose con la sangre humana que puede derramar despues, nos ofrece la de un caballo en holocausto ó sacrificio, y segun su índole feroz hubiera sido capaz de darnos la del perro sin temor de hacer una perrada.

En dos saltos, ó en mas ó en menos, segun sean los saltos, el lector se encuentra como por ensalmo en los bosques de la isla de Java, despues de haber estado en París y contraído estrechas relaciones con el R. P. Aigrigny, antiguo coronel de húsares, buen mozo, galanteador y camorrista, que sin decir oste ni moste deja el uniforme por la sotana, y cambiando de regimiento sienta plaza en la compañía de Jesus. Este R. P. tiene un secretario sabandija, llamado Rodin; el hombre mas malo imaginable, pues está fuera de lo posible; especie de tósigo que envenena la sangre del P. Aigrigny; hombre que no puede llamarse ni

bueno ni malo en el fondo. Estos dos hombres representan á la compañía de Jesus, compañía que puede llamarse del Diablo, si se dan crédito á las diabólicas fantasías del socialista Eugenio Sue. Pero abandonando á París lleguemos á la isla de Java, para trabar nuevas relaciones con un noble príncipe indio, llamado Djalma, y que á pesar de su color cobrizo es tan bello como el amor.

Tambien allí conoceremos á un comerciante, corresponsal del R. P. Aigrigny, á un contrabandista edecan del mencionado comerciante, á un malayo, llamado Fharingea, y á otros dos ó tres secretarios mas de la implacable Bohuivanie.

¿Pero cómo podré narrar en un artículo medianos tantos y tales conocimientos? ¿Cómo diré que Fharingea afilia al príncipe con una marca, que será indeleble, á la cruel secta de los fieros estranguladores? ¿Cómo referiré la muerte del contrabandista, la prision y muerte de los compañeros de Fharingea, la prision del príncipe Djalma? Tampoco puedo describir la borrasca en que están á punto de perecer las gemelas, el soldado, el perro, Djalma, Gabriel y Fharingea; borrasca que me dió gran susto aunque el autor y yo sabíamos que quedarían salvos nuestros héroes; no porque le faltase á Sue aliento para sumergirlos, sino porque le hacían gran falta para continuar su novela.

Y sin meterme á averiguar cómo Dagoberto y las niñas se encontraban en aquel trance, habiéndolos dejado presos, y sin hablar una palabra de la princesa de Saint Dizier, personaje puesto en la novela para desesperar á Adriana, jesuita con faldas, muger que aparece intrigante sin sacar provecho de la intriga; instrumento casi pasivo de la compañía de Jesus. Y sin detenerme en Adriana, mocita casquivana y libre, niño calavera con buen corazón y pocos sesos: y sin quitar á Pocaropa la poca ropa que le queda; y sin acercarme siquiera á la hermosa Reina Bacanal, que vive bailando para morir perniquebrada; y sin hacer una pirueta con el escritor religioso, hipócrita de nuevo cuño, se propone engañar al público emborachándose y bailando el cancan: y sin cambiar una sonrisa con la fresca Rosa Pompon; niña casquivana que á todo se presta y que sirve para un fregado y un barrido: y sin tropezar en la joroba de la espiritual Jorobada rebuscada por el autor para probar que un alma recta solo cabe en un cuerpo combado: y sin dejar que me tome el pulso aquel hipócrita doctor: y sin pedir su bendición al eminentísimo cardenal: y sin asomarme á la puerta de la obra de Santa María: y sin toser al *padre tuerto*: y sin reconocer la fábrica de Mr. Hardy; personaje puesto en escena para presentar quinientas páginas de declamaciones socialistas, y aumentar con un individuo la noble familia Ren-

nepont: y sin acompañar á la iglesia á la muger de Dagoberto: y sin hombrear con Agricol, mozo que hace honor á su padre: y sin cambiar una mirada con el puntilloso mariscal Simon: y sin enterrar á su padre asesinado á sangre fria por *Eugenio Süe* y no por el canto de los lobos: y sin arrimar un puntapie al contrahecho y malvado espía, que como un réptil se deslizaba por las alfombras del mariscal bajo el peso de su canastillo de leña: asisto..... asombro y atencion, á la entrada del cólera morbo en la capital de la Francia. Todo es destruccion, horror todo. Poca-Ropa muere en una orjía: la Reina Bacanal se estrella: los dos ángeles Rosa y Blanca, despues de haber llorado siempre, van á morir á un hospital, por querer auxiliar á su aya, que dejó de existir horas antes: Aigrigny y el mariscal Simon mueren á un tiempo en desafío: Mr. Hardy muere penitente: Djalma y Adriana mueren unidos, despues de haber bebido un tósigo y apurado en pocos momentos todas las delicias del amor: una moza de cabellos rubios muere antes solo por parecerse á Adriana: tambien ha muerto su doncella: mueren quemados los billetes que formaban el rico patrimonio de la familia Renepont: y porque nadie quede á vida, emponzoñado con agua bendita muere tambien Mr. Rodin...

Sacadme de entre tantos muertos: estoy axfisado: me ahogo. No me preguntéis si la novela es buena ó mala: no sé; y, lo que es mas, no quiero saberlo. Solo diré que en una ciudad llamada París, por novelas tan buenas como *El judío errante* se dan centenares de miles de francos; y por cartas tan concienzudamente escritas como *España y Africa*, de Mr. Alejandro Dumas, millares de francos tambien.

Muy buenas serán estas obras cuando tan bien se recompensan. ¡Tienen un talento los franceses, escriben con tanto donaire, sostienen tan bien el interés; se aprende tanto en sus escritos! Bien merecen renombre y lucro: bien merecen que otras naciones les rindan párias, les tributen adoracion.

La España, la patria de *Ercilla*, de *Calderon* y de *Cervantes*, de *Rioja*, de *Herrera* y de *Moreto*; de *Garcilaso*, *Leon* y *Lope*, de *Tirso* y de *Santa Teresa*, debe humillarse la primera ante los colosos franceses. Nada valen los españoles; sus obras apenas merecen el honor de ver la luz pública; y si se les arroja por precio un negro pedazo de pan, es porque un pedazo de pan se arroja tambien á un lebel.

Bien hicisteis en morir *Larra*, *Espronceda* y *Garcia Villalta*: bien has hecho en buscar otro mundo, ilustre autor de *El Trovador*: bien harán... Basta ya; dejemos estas alegres reflexiones, que no llega á tanto la fina exigencia de mi amigo,

J. DE ARIZA.

SONETO.

A LA BATALLA DE AYACUGHO (1).

«¡Mudo el cañon: del campo fraticida
»el suelo en sangre tinto: la bandera
»que triunfadora el orbe recorrierra,
»por españolas manos abatida!....

«¡Oh Pizarro! ¡oh dolor! si aquí blandida
»tu centellante espada reluciera,
»del mundo de Colon señora fuera;
»no de mis propios hijos ¡ay! vencida.»

Así sobre los Andes real matrona,
el manto desprendido, adusto el ceño,
con llanto de furor su mal pregona;

Y al ver un mundo en manos de otro dueño,
á la vencida tropa, por desdoro,
lanza en pedazos mil el cetro de oro.

RAFAEL MARIA BARALT.

LA VIRGEN DEL CLAVEL,

CUENTO MORISCO.

(Continuacion.)

EL PUENTE ROTO.

V.

Despues del relámpago, la oscuridad se hizo impenetrable, densa, y Juan cerró los párpados involuntariamente. Las madejas enmarañadas de colores se perdieron poco á poco en un mar violado, por donde pasaban aristas de oro. Anchos celages de sombra inundaron aquel Océano de venturina: el sacristan sentia pesadumbre alrededor de la cabeza como si la tuviese ceñida con una barra de plomo caliente, mortal decaimiento corrió por todos sus miembros, entreabrió los labios y se apoyó sobre el muro....

Sintió sin darse cuenta de ello (tal vez en el fondo de su alma) que subia por la escala de cuerda con paso firme. Tropezó con la celosía persa, y abarcándola entre sus robustos brazos la desencajó del marco. Las macetas de arrayan, de claveles y de azucenas del ajimez le enviaron su perfumado aliento, y por entre el ramage vió una estancia blanca como el nácar, y semejante á una taza chinesca.—Arrojar la capa, deshacerse de la celosía, apartar los búcaros de las flores y penetrar de un salto en aquel recinto encantado todo fué obra de un punto.

Nunca á los ojos del travieso monaguillo, presentóse espectáculo semejante. Estaba en un templete morisco con paredes de filigrana y cornisas de encaje, cerrado por una cúpula de alerce y ébano. El pavimento era de mármol y un surtidor de agua olorosa saltaba en el centro de un reducido mar. La luz salia de unas lámparas transparentes de las canteras de Macael ocultas en-

(1) Esta batalla decidió la independencia de la América. Los españoles estaban mandados en ella por el virey Laserna, y los colombianos por el general venezolano Sucre.

tre las flores que adornaban los ángulos del recinto y mezclándose los rayos débiles de la luz artificial con los reflejos de la luna que penetraban por las estrellas de la cúpula y por el calado oriental de los muros formaban un conjunto semejante á la claridad de la alborada.

Sobre una piel de tigre, en un almohadon carmesí con alamares de oro estaba sentada Amina ensartando las perlas esparcidas de un collar. Al ver á Juan, dió un grito penetrante y quiso huir pronta, como una gacela cuando siente el rugir cercano de un leopardo. El mancebo con aire resuelto cogió la sueltas puntas del riquísimo cinturón y la detuvo.

—¿Huyes, señora mía, de quien viene á buscarte! dijo con amargura y amor al tiempo que la traía hácia sí dulcemente: ¡Huyes de quien te adora con toda su alma!—La niña volvió el rostro con infantil rubor y se dejó conducir á un alhamí que enfrente había, ocupado con el magnífico lecho de la morisca.

—Ambos se sentaron en el borde del poyo alicatado y así comenzó sus razones Amina.

—Cuánto deseaba tenerte á mi lado, abrasarme en la luz de tus ojos y oír tu voz tan querida. ¡Temí que no vinieras! ya se van volando las golondrinas á la tierra de mis padres y con ellas todas las alegrías.

—¿Por qué no venir? ¿quién puede colocarse entre los dos? Tú, mía para siempre, mía sola; yo tu mas rendido esclavo.—¡Cuán hermosos son tus cabellos azulados y rizos! ¡cómo brillan tus ojos dulcísimos!... aroma de jardines exhalan tus labios. Déjame estrechar tu talle déjame beber la vida en tu boca.

El sacristan ciñó con su brazo la torneada cintura de la mora y selló con un ardiente, suave y voluptuosísimo beso la boca de coral. Estremeciéndose de placer la joven, y Juan sintió que la sangre se encendía en sus venas: parecía que un huracán caluroso rodeaba sus frente y cegaba sus ojos.

Mas de pronto Amina colocando su breve mano sobre el pecho de Juan, le retiró de sí, y volvió el rostro.

—No, dijo con acento melancólico y fatal, aléjate de mí, que Dios nos acecha con los ojos de su ira. Este lecho es el de mi padre, y la hija que mancha la honra del que le dió la vida, morirá para siempre. La tribu arrojará piedras contra mí, la virgen apartará su manto que ahora estiende sobre mi cabeza y llamas sin fin me aguardan luego. No, no, aléjate de mí!

—Amina mía, olvida tan siniestros pensamientos. Tu padre era un infiel, y ¿quién de tu tribu pondría airados los ojos en la presencia tuya?... Dios.... se olvida de nosotros.... olvidémosle también.—Dios mató á mi pobre madre, Dios me tiene solo en el mundo, Dios me prohíbe que te ame....

—Calla, interrumpió la conversa, aterrada con tanta blasfemia, calla y no pronuncies esas palabras en esta estancia, porque á la luz de la luna la sombra de mi padre se dibuja en las paredes.

—Salgamos, pues, de aquí, el mundo todo es nuestro. Salgamos si; que yo he de pasar mi vida á tu lado: aliento con aliento, alma con alma.

—Lejos sí, lejos de estas tierras donde soy oprimida, lejos de la sombra de mi padre.—Y como fascinada la mora se dejó arrastrar por el monaguillo, que sin saber cómo, se halló en la puerta del jardín y sintió la impresion del viento, y el frío de las anchas gotas de las lluvias de otoño. Borrasca de mar parecía la tormenta que sobre Granada descargaba en aquellas horas. Amina horrorizada con la tempestuosa noche se asió fuertemente del sacristan, que requiriendo el broquel y la daga, y cubriendo cuidadosamente á su amada con los anchos pliegues de su capa, empezó con resuelto paso á cruzar las sombras y á perderse por el laberinto de calles que parten por los ángulos de la irregular plazuela de San Cristóval.

La tormenta crecía. Cuatro pabellones de nubes espesas y negras, como la boca de una sima, se disputaban el ancho espacio de la bóveda celeste, afirmadas cada cual, como los titanes de la fábula, en las crestas de los opuestos cerros. La tierra temblaba con el horrible fragor de los truenos, y las montañas vecinas enviaban, cual una piedra despenada, cien ecos aterradores. Las gotas de la lluvia parecían granizos, los granizos piedras. El viento rugía como un león aprisionado, y formando remolinos cargados de agua y nieve se estrellaba en los muros y pasaba arrastrando su cabellera, con gritos y quejidos, por las estrechas callejuelas.

Juan y Amina, desafiando la cólera de los elementos, vagaban por las calles, sin saber adónde se dirigían. Los delicados pies de la morisca se ensangrentaron, y sus miembros todos se llenaron de mortal fatiga. El sacristan sudaba y trasudaba, tenía trabajosa la respiración y el torbellino que en su cerebro bullía era causa de que fuese mayor para él la confusión y la oscuridad.

El combate de los cielos arreciaba. Estendiendo sus negras

olas y á toda fuerza de viento se entrechocaban las nubes descubriendo á girones la bóveda azulada. Cenían con sus bandas de vapores, los altos picachos del Veleta, queriendo derribar el coloso que les impedía desparramarse por el mar, se revolcaban en las laderas de las peñas de Parapanda y cubrían de luces las puntas de Sierra Elvira. Mangas espesas de nutridas gotas de agua enviaban sobre la dormida ciudad y cada calle era un torrente, cada plazuela un lago.

—Detente Juan, dijo llena de terror Amina, detente! que la voz de Dios se oye entre los gritos de la tormenta y los espíritus se quejan en los remolinos del huracán.

Un relámpago con claridad mas vívida que los reflejos de un brillante al sol, partió á este tiempo del seno de una nube y con serpientes y flechas de fuego encendió la atmósfera y puso como un ascua de oro las nubes y las montañas. Los cipreses de la rauda cercana se coronaron de fatídicas lenguas de llama y los edificios y las torres cubiertos de ignea aureola parecían incendiados. El mancebo reconoció que se hallaban de nuevo, después de tantas vueltas en la plazuela de San Cristóval, al pie de la torre de la iglesia en la puerta de la casa de Amina....

Siguió al relámpago un trueno espantoso: el sacristan creyó que el cielo se desplomaba sobre su cráneo; las campanas respondieron á los cielos con un toque como de agonía. Los cabellos se erizaron sobre la frente del atrevido mozo, y toda su piel se contrajo como al soplo de una brisa helada. Estrechó á la morisca contra su corazón y se embutió temeroso, huyendo, en el dintel de la puerta de su amada....

Otro relámpago menos vivo y mas prolongado aumentó su angustia con nuevo y horrible espectáculo. El cura se presentó á los ojos de los amantes, envuelto en sus hábitos negros. Y dirigiéndose al huérfano con rostro airado y voz tremenda, le dijo: —La maldición de Dios llevas grabada en la frente. ¿Dónde irás que no la lean? Suelta infame tu presa, y no desgarras la inocencia de esa paloma.

—Dejadme, señor dejadme, repuso el mozo con la reconcentrada ira del criminal sorprendido, he pisado la carrera del crimen y mis ojos están ciegos.

—No, miserable, delante de Dios tu ira es impotente.—Al tiempo que esto decía asió el sacerdote del brazo á Juan, con tal fuerza, que sus dedos parecían garfios de hierro.

—Soltad, y libre dejad el paso.

El párroco sacudió fuertemente por toda respuesta al monaguillo y apoderándose de Amina oculta entre los pliegues de la capa intentó separarla del mancebo.

—Soltad, señor, que una nube de sangre rodea mi frente.

—No.

—Pues toma, viejo imbécil.

Juan acompañó estas palabras con una puñalada que fué derecha al corazón del cura. La claridad de un relámpago lejano iluminó la hoja sangrienta de la daga, y la sorda caída del anciano. La morisca se desmayó dando un agudísimo grito.

Juan la levantó con sus hercúleos brazos, y dió á correr con la velocidad de un ladrón ó de un ciervo herido.

Calmóse el viento. La lluvia era tan espesa como el grano en las espigas.

El sacristan siguiendo en su carrera, sintió que el terreno declinaba y oyó la voz del río allá en la hondura. Estaba en la cuesta del Chapiz. Nuevas alas tomó conociendo el terreno. Saltaba por la pendiente, como una bola despedida por mano diestra. Llegó á la orilla del Darro escarpada y elevadísima; un relámpago protector le enseñó el puente de troncos que servía de pasadera. Entró por él con valor levantando en alto y como en triunfo á su amante.

El cimbrear de las vigas le indicó que estaba mediando el pasaje, un paso mas.... cayó. Se perdió en el espacio, dió una vuelta y luego veinte, todo su cuerpo se descoyuntó como el de una culebra cuando se sacude, y oyó las aguas del río que con salvajes mugidos le esperaban; quiso gritar y le faltó aire en sus anchos pulmones.

La voz de la morisca rompió el viento con eco desgarrador.

—Virgen mía del Amparo! pronunció vuelta en sí con el peligro.

Un ángel veloz como la luz llegó á la hondura cuando tocaban los amantes el encrespado oleaje del Darro, y asiendo del cabello á Amina la levantó con presteza prodigiosa en medio de un luminoso y aromático vapor.

Juan en la agonía, luchando ya con la corriente se asió de la orla brillante de la vestidura del celestial mancebo buscando salvación tambien; pero de la misma oscuridad de la sima salió una deforme figura con sulfúreos y cobrizos reflejos de fuego que dando al robador una furiosa patada en el corazón le envió á lo profundo de las aguas....

Despertó á este tiempo el sacristán y se halló al pie del ajimez de Amina, recostado sobre la escala por donde había intentado subir. Pasó la mano por su frente, se recogió el cabello con terror y recorrió con la vista todo el espacio que le rodeaba.

El alborada tendía su red de seda rosada por los alcores y los caseríos de la vega que como barquillos empavesados blanqueaban en aquel mar de esmeralda. Suavísimo perfume exhalaban los arriates de flores de los cirmenes cercanos. El cielo estaba límpido y sereno sin huella alguna de la pasada tempestad. El suelo apenas mojado. Palpaba sus miembros fatigados el manco y dudaba de su propia existencia; levantóse y vió la celosía del ajimez de su amada, cerrada como un cancel misterioso y dejando apenas sobresalir á las flores, oyó un suspiro y recogió del suelo un clavel encarnado, prueba de amor, que cuando pasaba de mañana á tocar las campanadas del alba, le concedía siempre la mora. De seguido vió venir al cura con agrado y dulce sonrisa en los labios.

—Pícaruelo, me has ganado por la mano esta mañana. Bueno es el madrugal.—Sube y toca á misa despues de dar el alba, que hoy quiero despachar temprano.

Juan estaba como alelado, culeó como pudo la escala y acortó el tiro de la espada, siguió maquinalmente al cura y tomó las escaleras de la torre.

Lo que sucedió despues, ya lo veremos si paciencia para ello nos da Dios.

(Se continuará.)

REVISTA DE LA SEMANA.

PRINCIPE.—D. *Fernando el de Antequera*, drama histórico en tres actos por D. Ventura de la Vega.

Hémos aquí frente á frente de una obra clásica, de un prodigioso esfuerzo del ingenio y del arte. No es la comedia con sus lances y enredos, con su futilidad y su amáneramiento: es el drama hermano de la tragedia, sencillo también y terrible.—Aquí viene lleno de sentimientos, armado de pasiones, agradable como la melancolía, sublime como el horror; dejando profunda huella en el corazón, aprisionando la voluntad y los labios con su mágico interés. El nos entusiasma, nos inspira con sus ardientes arrebatos, nos envuelve en el vértigo que produce el huracán de los grandes vicios, en la felicidad y bienestar del que contempla las nobles acciones, los impulsos generosos.—Aplausos para el drama, fuente de la gloria, del amor y de la amistad; coronas para el poeta que con la antorcha del genio nos manifiesta y explica los grandes misterios del corazón...

Llegó al fin la hora del que mas imparcial de los jueces pronunciase su terrible fallo sobre este poema precedido de tan justa fama y renombre. Llegó: y nosotros tenemos que dejar la pluma del crítico.—Acontece á los pintores cuando copian las bellísimas formas de un modelo perfecto, separar los pinceles del lienzo, y contemplar con éxtasis el natural, sin acordarse un punto de su pálido retrato; y esto nos sucede al recorrer las páginas del drama representado en el Príncipe la noche del 4.

Reducir su argumento á las estrechas dimensiones de un pobre artículo, sería almacenar estéril fraseología. Solamente apuntaremos algunas de nuestras impresiones.

Creemos nosotros que ningún género pasa, que ningún género es absolutamente malo. La comedia domina nuestra escena, y es opinión vulgar que el teatro no debe ser un manantial de tristeza; mas con la fé del talento, coronado y lleno de ardiente inspiración se lanza á la arena el mas ingenioso y discreto de nuestros poetas y conmueve á los espectadores, los aprisiona, les sella los labios, agita sus dormidas pasiones, arranca lágrimas de sus ojos y saciéndoles del cieno del mundo, de las miserias de hoy, interesa su alma con las nobles acciones de otros dias; descubre el temple del pecho de los héroes y enseña al vulgo saludables doctrinas, que escriben el color y el entusiasmo en el fondo de su corazón.—El vulgo se aperebió al fin de aquella trasformación

que sentía en sí, y volviendo con placer los ojos al poeta le victoreaba con furor, le llamaba para verle, para levantarle ese monumento pasajero, mas sabroso que el mas brillante rastro de inmortalidad.—Vega nos ha elevado otra vez á las regiones del drama, ha reanimado el apagado fuego del entusiasmo.

¿Y quién no le siente al contemplar la noble figura del infante don Fernando, del triunfador en Antequera, del rey de Aragón? Le dan una corona y la rehusa, le abren paso para el trono y asienta en él al legítimo heredero, al débil niño cuya guarda le estaba confiada... ¡Cómo contrasta este generoso y elevado personaje con la reina de Castilla! Ella no es mas que madre. Adora con fanatismo á su hijo; por un beso de sus rosados labios diera un tesoro; por no alejarse de su cuna da el poder, por retirar la vana sombra de un soñado mal, el trono y hasta su vida.—La mujer débil y un héroe, están frente á frente. San Vicente Ferrer aparece entre los dos como el lazo que une al hombre perfecto con la divinidad. La Providencia personificada, la bella idealidad del sacerdote de Jesús: humilde como el que mas, grande como el mayor. Dulce con el desvalido, terrible con el poderoso y envanecido criminal. Verdadera copia de aquellos siervos del señor que contenían las hordas de Atila, imponían penitencias á los emperadores y repartían su alimento con los pobres.

Descuellan al lado de estas grandes figuras el condestable que conspira con generosa intención, el acomodaticio D. Lope y Fernán Gutierrez, fiel á su señor como un perro, pendiente de sus ojos, sin otra voluntad que la suya, brazo de hierro que mueve D. Fernando á su arbitrio, puñal que dirige adonde le place.

Una pincelada retrata á los cortesanos; dos rasgos al ambicioso Trastámara.

¡Qué cuadros, qué efectos teatrales, qué movimiento, qué compás y qué armonía!

La versificación y el estilo son proporcionados á las figuras, el lenguaje correcto y sabrosísimo. En aquellos romances que recuerdan á Lope y á Tirso, en aquellas redondillas, en aquellos trágicos y severos endecasílabos los pensamientos brotan esmaltando con su riquísimo valor las escenas todas.

El coliseo se ha vestido de gala y retocado en sus colores para recibir este fruto literario del hijo predilecto de las Musas. Para ponerle dignamente en escena se habían pintado tres decoraciones.—La ejecución merece también elogios.—Romea (Don Julian) estuvo á la altura del héroe que representaba. Matilde arrancó lágrimas y muchos aplausos: las madres estrechaban á sus hijos llenas de angustia y dolor al verla recorrer las galerías gritando con acento desgarrador: ¡hermano!.... ¡hermano!.... Sobrado se esforzó.—El autor, como ya hemos dicho, fué llamado á las tablas y la cuarta noche también alcanzó segunda ovación. Hasta la reina ha tomado parte en el entusiasmo general y S. M. batía palmas al ver aparecer al poeta, que justamente ocupa á su lado el honrosísimo puesto de secretario particular.

Descuella esta composición entre las demas:

quantum lenta solent inter viburna cupressi

y no es extraño que consagrándole toda nuestra revista de hoy dejemos para el número próximo, las buenas novedades del Instituto español, las variaciones del museo, los cantantes de la Cruz y el drama de Variedades.

J. J.—SERRANO.

NOTA.

Con este número se reparte una lámina que representa El Atacazar de Segovia; en el inmediato daremos un artículo que sirva de explicación al grabado.

Imprenta de Corrales y Compañía, Salón del Prado, núm. 8.